

Víctimas de experiencias traumáticas, su testimonio y los efectos psicoterapéuticos

El caso de Anna, joven mujer bosnia que vivió el llamado “último genocidio del siglo xx”: la matanza de musulmanes por su pertenencia étnica y sus creencias religiosas.

*Emma Ruiz Martín del Campo**

Resumen

En Refugio, institución que da atención a migrantes llegados a Bremen, Alemania, formé parte de un equipo de trabajo integrado por un psicoterapeuta, un traductor y una observadora, papel, este último, que yo desempeñé. Una de las personas que recibió atención durante el tiempo de mi estancia en Alemania fue Anna, joven bosnia musulmana que sobrevivió el llamado “último genocidio del siglo xx” en Srebrenica, en la ex Yugoslavia. El proceso psicoterapéutico, dirigido por Ingrid Koop,** el avance en la apertura de Anna a la narrativa de su experiencia y los cambios que en ella se fueron produciendo al compartir el traumatismo con quienes la escuchábamos, fueron la ocasión para reflexionar sobre traumas agudos vividos por sujetos en genocidios, guerras y otras formas de ataques de crueldad. Los sujetos que han pasado por tales experiencias devastadoras padecen síntomas en el curso de la vivencia traumática y otros que se manifiestan tiempo después. La defensa ante la experiencia inasimilable se puede manifestar en enajenación de sí mismos, de su cuerpo, de sus afectos

* Psicoanalista y profesora-investigadora en el CUCSH de la Universidad de Guadalajara, México; <emmaruiz0808@hotmail.com>.

** Gracias, Ingrid, por permitirme acompañarte en un fragmento de la sentida y creativa experiencia de tu quehacer psicoterapéutico con migrantes. Gracias, Anna, por compartir tu dolor volviéndolo testimonio y enseñanza.

y en una caída del potencial de simbolización. En este artículo se reflexiona sobre las condiciones del trauma y se plantea la cuestión de la posibilidad o imposibilidad de la narración de acuerdo con diferencias subjetivas y sociales, así como sobre el potencial de la psicoterapia y la elaboración en casos de traumatismos extremos.

Palabras clave: desamparo, trauma, testimonio, psicoterapia, elaboración.

Abstract

In Refugio, an institution that gives attention to migrants in Germany, I was part of a team formed by a psychotherapist, a translator and an observer in which I was playing the last role mentioned. One of the people that received attention during the time I stayed in Refugio was Anna, a young Muslim woman from Bosnia, ex Yugoslavia. The psychotherapy, that was directed by Ingrid Koop, the advance in Anna's openness to elaborate on her experience, and the changes that she was having when her narration was attentively listened by us, were the occasion to reflect on grave traumas lived by people in genocides, wars and other forms of extreme cruelty. People that have gone through these desolating experiences present symptoms during the time in which the trauma is happening and afterwards. The defense mechanism with which they handle this kind of inassimilable experiences can be observed in the way they handle and feel their bodies, their emotions and by being in a kind of haze where they become numb as if they weren't a part of themselves. On the other hand there is often a loss in the potential to symbolize. In this article we reflect and ponder about the conditions in which a trauma happens and the possibility or impossibility to narrate the traumatic experience, depending on personal and social differences. We also think about the potential of psychotherapy in cases of extreme traumas.

Keywords: helplessness, trauma, testimony, psychotherapy, elaborating.

La predisponibilidad al trauma: desamparo y necesidad de otros

En *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos*, Freud habla del *trauma* desde una visión muy marcada por su formación médica y neurológica:

Si un humano experimenta una impresión psíquica, algo, que momentáneamente queremos llamar suma de excitación, se incrementa en su sistema nervioso. Consideremos ahora que en cada individuo hay el impulso, para preservar su salud, de disminuir nuevamente tal suma de excitación. El aumento de la suma de excitación se da por los canales de la sensibilidad, la disminución, por vías motoras. Se puede entonces decir que cuando algo afecta a alguien, reacciona ante ello motrizmente [...] Una ofensa, que está vengada, aunque sea con palabras, se recuerda en forma diferente que una que tuvo que ser recibida como “humillación”, como se denomina en el lenguaje común la pena sufrida en silencio. [...] Donde el humano no puede descargarse del aumento de estímulos a través de la descarga, está dada la posibilidad para que el respectivo acontecimiento se convierta en un trauma psíquico¹ (1982:21-22).

A lo largo de la obra del creador del psicoanálisis, encontraremos una visión del humano que va más allá del punto de vista energético-económico. Freud irá detallando la configuración de un ser que, habiendo nacido más inacabado que los de otras especies, se enfrenta al desamparo, no puede existir en soledad y crea una necesidad de amor que no le abandonará a lo largo de toda su vida. El trauma sería así, el sentir, la angustia del ser humano ante su propia vulnerabilidad, su dependencia, la realidad de una existencia que no puede sostener sin el soporte de otros, que por lo demás están separados de él y no ofrecen garantías de permanencia. No hay en principio una relación de pertenencia entre sujetos, la liga de inmediatez que une a un lactante con su madre, tendría que dar paso a relaciones mediadas

¹ Las traducciones de textos en alemán contenidas en este artículo son de la autora.

por la distancia del lenguaje, la demanda, la ley y por la asunción de nuestra situación de semejantes.

Simone Weil, autora de *El Desarraigo. Un mandato*, habla en otros términos de esa elemental dependencia que tenemos los humanos de los otros y que consideramos el fundamento del trauma:

El arraigo [tener raíces] es quizá la más importante de las necesidades del alma humana y con demasiada frecuencia no apreciada en su valor. Un ser humano tiene raíces a través de su actividad real y su participación en una comunidad que mantiene vivos ciertos tesoros del pasado y ciertas expectativas respecto al futuro [...] El desarraigo es de lejos la más peligrosa enfermedad de las sociedades humanas, porque se multiplica a sí mismo. Una vez que se han desarraigado, los seres humanos tienen sólo dos posibilidades: o caen en una pesadez anímica que se parece a la muerte, como la mayoría de los esclavos en los tiempos del imperio romano, o se lanzan a una actividad frenética que se empeña, a veces con métodos de aplicación de extrema violencia, en desarraigar a aquellos que todavía no lo están o lo están sólo en parte (Weil, citada por Erdheim, 1993:174-175).

Günter Lempa, en *El ruido de los no-deseados*, habla del medio necesario y artificial que cada ser humano requiere con mayor urgencia que el alimento y la satisfacción sexual, a fin de vivenciarse a sí mismo como existente. Postula que el aparato de autocontrol que la vida en comunidad y la propia existencia hacen posible en cada ser humano es una estructura de sentido, que tras la infancia es compartido por sujetos pertenecientes a un grupo, que asumen, aunque mediadas por sus diferencias individuales, ciertas tramas simbólicas culturales. El sujeto ha de sentirse comprendido, reconocido en su existencia y asegurado por el colectivo, a fin de signar el contrato civilizatorio. Sólo así se hace posible la realización del *contrato social*, que garantiza el comportamiento civilizado. Si no se logra obtener un lugar en la sociedad, tener su parte de beneficios, su reconocimiento en una medida que se viva como significativa y justa, surge pánico social y se disuelve la lealtad, se da un debilitamiento de la liga con la comunidad que bajo ciertas circunstancias puede tomar formas regresivas.

Señala luego que en las sociedades posmodernas, en las que el Estado ha contraído sus funciones de protección de los ciudadanos (debilitamiento del llamado “Estado social”) y se ha debilitado la función de la familia como sistema de seguridad, los conflictos sociales tienen un potencial explosivo (Lempa, 2001:66).

Winnicott y Bion, psicoanalistas ingleses, dieron cuenta ya en la década de 1970, de la función de sostén (*holding*, Winnicott, 1965), respectivamente de “contención” (Bion, 1962) que los semejantes cumplen para los sujetos, no sólo para su sobrevivencia física, sino para su integración y desarrollo psicológico, señalando que si los grupos en los que se desarrollan y en los que viven los sujetos son incapaces de cumplir tal función, surgen angustias existenciales que pueden llegar hasta las raíces de la angustia social, hasta el pánico de ser abandonado, expulsado. En este punto se renuncia al auto-control, e incluso la lógica puede ser vivida como un poder ajeno y engañoso.

El etnopsicoanalista Mario Erdheim (1993) lleva el tema de la necesidad que los sujetos tenemos de los otros al campo de la etnicidad: considera que la identidad étnica es tan importante como la de género para los sujetos, a fin de orientarse en la sociedad y la historia, y apuntala su decir en la reflexión sobre las luchas de siglos por preservar la identidad étnica y en que como psicoanalista se ha visto una y otra vez confrontado con el sufrimiento resultante de la desvalorización o destrucción de la identidad étnica de un sujeto. “De lo étnico quiero afirmar que se puede destruir, pero con ello se obstaculiza el desarrollo de importantes capacidades sociales, entre otras la de hacer posible una relación que sobrepasa al sujeto individual con el espacio y el tiempo, con el medio ambiente y la historia” (Erdheim, 1993:181).

El ser humano existe en la paradoja de necesitar de los otros y a la vez requerir de una distancia para dibujar sus propios contornos de sujeto. Mientras las instituciones reguladoras del grupo no sean totalitarias, el sujeto va y viene, se mueve en grupos distintos, reserva espacios para la atuorreflexión y el diálogo con él mismo, sintiendo que tiene tanto la posibilidad de pertenecer como de tomar una distancia crítica de la comunidad en que se aloja e incluso de participar

en una transformación potencialmente creativa tanto para él como para el colectivo; pero cuando las instituciones se resquebrajan o cuando toman tintes persecutorios y se vuelven totalitarias moviendo a los sujetos a destruir a los otros, los diferentes, ¿qué salidas quedan para los sujetos en su vulnerabilidad y desamparo?

Sujetos, etnia, cultura, mercado: los juegos de las identidades

La angustia por nuestra invalidez, sobre la que somos capaces de reflexionar, tiene pues características de trauma, un trauma que se agudiza en la medida en que crece el abandono al que nos vemos expuestos. Ansiosos por encontrar sentidos a la vida e identidades que disminuyan nuestras angustias, nos refugiamos en grupos e instituciones de diversa índole y asimilamos, respectivamente: hacemos a un lado las formas de vida predominantes en diferentes etnias, religiones, tramas culturales.

El desarrollo de la inteligencia y de instituciones nos ha salvado, hasta hoy en día, de la extinción como especie. Los neonatos humanos, dependientes del grupo para la vida, están especialmente abiertos al aprendizaje y la socialización. La inserción en las tramas simbólicas del medio en el que se nace es un aspecto fundamental del convertirse en humano. La gesta y la apropiación de destrezas culturales se dan en el seno de relaciones entre sujetos y de los movimientos emocionales que ellas conllevan. Es en el lazo social que establece con otros que al principio le garantizan la sobrevivencia, donde el niño va aprendiendo a diferenciar y categorizar. Momentos de fusión, respectivamente de separación y ausencia de sus cuidadores, le van permitiendo distinguir entre él mismo y los otros, y la variabilidad de personas que lo rodean lo enseña a confrontar el nosotros familiar, étnico, cultural con los otros más ajenos, distintos.

A la par que el infante humano va pasando del contacto inmediato y corporal con los otros a relaciones mediadas por lo simbólico, el lenguaje y otras pautas culturales, va creciendo en él el sentimiento de pertenencia étnico-cultural al grupo que le rodea más cercanamente.

Lo étnico no tiene que ver con lo racial ligado a lo genético y lo biológico, tampoco con la organización de los humanos en forma de Estado-nación; tiene que ver con un lenguaje y prácticas sociales compartidas por un grupo, que se entretajan con una historia y una cosmovisión predominante.

Lo cultural y lo étnico parecen estar estrechamente vinculados, tendiendo a ser más abarcador el concepto de cultura, que puede aplicarse a grupos más amplios de personas que a su vez pueden tener diferencias étnicamente inducidas en sus formas de comprensión y en su praxis existencial (piénsese, por ejemplo, en la expresión “cultura latina” que abarca una infinidad de variantes regionales con expresiones étnicas peculiares de cada grupo). ¿Y qué es en última instancia lo que da lugar en los sujetos a un sentimiento de pertenencia a un grupo étnico y cultural, por más que haya variedades individuales en la cercanía y lejanía que establecemos con los diferentes grupos? En *El significado del concepto de cultura para las terapias psicoanalíticas* dice Vera Saller:

La liga psíquica con una cultura, respectivamente de su rechazo, consiste en el recuerdo y la añoranza o también en la angustia ante la intimidad del sentirse resguardado de forma primordial [...] Ahí quedan muchas preguntas abiertas; por ejemplo, si este sentimiento fundamental de pertenencia estriba sobre todo en lo verbal, en el comprender y ser comprendido. O si, como lo señala Tobie Nathan, lo táctil y lo olfativo, como también lo insinúa Anzieu, son un aspecto fundamental del sentimiento de estar en casa, que descansaría en tal caso sobre la cobertura de sonidos y percepciones táctiles (1999:131).

Mientras que el sujeto que vive su desamparo busca refugio en su etnia o en las tramas culturales que hizo suyas, en el mundo del siglo XXI prevalece una multiculturalidad a lo largo y ancho del planeta que complejiza la cuestión de las identidades étnicas y culturales y agrava conflictos ligados a ellas y a otros factores, como el ahondamiento progresivo de la brecha entre ricos y pobres.

En la actualidad, instituciones que propiciaron cierto bienestar a los sujetos en décadas pasadas, como los Estados-nación, y éstos

sobre todo en los casos en que eran Estados de bienestar social, se han venido resquebrajando. Vivimos en un mundo en el que los grandes emporios transnacionales movidos por los criterios de un capitalismo salvaje tienen un papel determinante en las relaciones entre las naciones y los individuos. Nunca antes en la historia de la humanidad había existido una multitud de sujetos, que se cuentan por millones, carentes de lugar de pertenencia, colgando del vacío social, guardados provisoriamente en campos de refugiados o abandonados a su propia suerte. El mercado no ofrece soluciones para los despatriados ni proporciona un orden simbólico articulador que sirva de contención a los sujetos en general (exigencia *sine qua non* de la subjetivación). Su apuesta es por la optimización de las ganancias de los monopolios y los grandes capitales. Parece no existir una lógica coherente de derechos y obligaciones sociales sino, más bien, un consumismo a ultranza, que no se somete a las leyes de regulación de las relaciones y vínculos entre los humanos. El intercambio mercantil y su aparato publicitario generan la ilusión de que el otro es prescindible, de que el bienestar deriva sólo de la capacidad de autogestión y no del lazo social, del vínculo con los semejantes. Se minimiza la significación de fundar la autoestima, la confianza, en el sentimiento del propio valer y en los afectos que experimentamos por los otros.

¿Cómo nos hemos transformado los sujetos de estas sociedades mercantilizadas del siglo XXI? ¿Qué ocurre cuando muchos de los que en sus comunidades tenían un lugar y quehacer social son convertidos por luchas intestinas en objetos intercambiables o, en caso extremo, eliminables de acuerdo con criterios fundamentalistas?

Ahondemos nuestra reflexión sobre lo que ocurre con los migrantes. Ellos padecen de entrada una exclusión simbólica en la sociedad a la que llegan. Muchos, sobre todo aquellos que fueron perseguidos, torturados o traumatizados, sufren de angustias, síntomas físicos como migrañas, vómitos, falta de apetito y disminución o pérdida de la capacidad de simbolización. Incomunicados, al menos al principio con el nuevo medio (por la carencia de recursos lingüísticos y culturales), los sujetos procedentes de otras culturas se sienten perplejos, desorientados, con dificultades para encontrar sentido a su vida tras la

sacudida producida por las pérdidas que han sufrido y las crueldades de las que han sido objeto por parte de sus congéneres.

Con la migración se produce una ruptura de un cierto equilibrio que los sujetos sostenían en su relación con otros y con las instituciones que operaban en su comunidad. Al dejar su tierra, sobre todo al hacerlo bajo la presión de la guerra y la amenaza sobre su vida, se resquebraja esa relativa armonía que sostenía las relaciones de un sujeto con los otros, con el trabajo, con los lazos amorosos, familiares, con los pensamientos y hasta con el propio cuerpo. Es una ruptura que puede manifestarse en síntomas de malestar corporal, pero que afecta la dimensión simbólica, el lazo social y produce un traumatismo que amenaza, según su intensidad, con producir desintegración extrema y definitiva. Los migrantes son arrojados al anonimato, a no tener un lugar social donde habitar y relacionarse, y en muchos casos a no ser alguien para ningún otro.

Preguntémosnos: ¿A dónde puede conducir en casos extremos una búsqueda de identidad que se apuntala en la destrucción de los otros, los diferentes? La respuesta la tenemos en lo ocurrido en sucesos de crueldad sin límite en la historia de la humanidad, como el nazismo, el estalinismo y, más recientemente, el llamado “último genocidio del siglo xx”, del que nos ocuparemos más adelante.

La actualización del trauma

Si el fundamento del trauma es la dependencia de los otros, su actualización se da ligada a relaciones con esos otros marcadas por la crueldad, o a su ausencia en casos en que sería vital, urgente, contar con ellos.

La corriente teórica psicoanalítica de las relaciones de objeto, parte de la escuela británica, en la que se ubican, entre otros, Bion, Balint y Winnicott. Los postulados de estos autores tienen antecedentes en las aportaciones de un destacado discípulo de Freud, Sándor Ferenczi, quien postula que el verdadero trauma se da cuando el agresor evita el encuentro con un humano que está existencialmente ligado a él, que lo necesita.

Los teóricos de las relaciones objetales parten de que las experiencias de relación entre el infante y las personas que lo cuidan se interiorizan y van dando forma a los representantes que va gestando de sí mismo y de sus objetos. Mientras que las experiencias de cuidado satisfactorio hechas con objetos amorosos, suficientemente buenos, se asimilan y enriquecen al sí mismo (*self*), las experiencias traumáticas causadas por abandono, negligencia, maltrato, crueldad, no se integran a ese *self*, sino que persisten como introyectos traumáticos, una especie de superyó arcaico que en fases posteriores difíciles se escapa de control y perturba al sujeto dando lugar a síntomas y comportamientos patológicos.

El sujeto violentado y necesitado de preservar la relación con sus objetos, dada su dependencia de ellos, apelará a mecanismos defensivos como la identificación con el agresor, que se manifestará ya sea en deseos de fusión con él o en su imitación. En el intento por dominar la experiencia traumática, el agredido también hará uso de mecanismos de escisión que lo alejarán de sí mismo, de sus afectos y de su cuerpo, llegando, según la intensidad del trauma, a operar con automatismos, sin saber en menor o mayor medida de sí.

Mathias Hirsch, en *Psychoanalytische Traumatologie*, enumera los siguientes mecanismos que operan en sujetos bajo efectos traumáticos:

Fenómenos como escisión del objeto y de los representantes del sí mismo, fenómenos de disociación que pueden llegar hasta la personalidad múltiple, reacciones impulsivas, autoagresión, pérdida del sentido de realidad como despersonalización o desrealización, reacciones psicóticas, autodestrucción a través de sustancias adictivas, debilitación de funciones del Yo como las cognitivas, intelectuales y de la memoria, debilitamiento de los mecanismos de defensa maduros como la represión [...] Se da una especie de “retorno de lo reprimido” en una inevitable compulsión a la repetición de situaciones violentas, que se exterioriza en actuaciones de agresividad en relaciones actuales [...] se dan graves cambios en la autoestima y un debilitamiento de las fronteras del Yo, correlativamente de los límites entre el sí mismo y los objetos; en última instancia, perturbaciones de la identidad, incluida una insuficiente capacidad de simbolización con tendencia a la actuación y al pensamiento concreto (2004:4).

La psicotraumatología ha sido un punto central de la investigación de Hirsch (2004), el psiquiatra y psicoanalista alemán, autor del texto que nos ocupa y donde hace una distinción entre, por un lado, sujetos que han sufrido traumas en el curso de su desarrollo y generalmente en el ámbito familiar, en los que predomina la internalización de la violencia y, por el otro, sujetos que han sufrido traumas agudos, extremos, en situaciones externas de guerra, persecución, genocidios, etcétera. Estos últimos usan como predominantes para defenderse de las experiencias terribles que han sufrido formas de disociación que, en casos extremos, los convierten en seres mecanizados, una especie de cadáveres ambulantes como se sabe que había tantos en los campos de concentración nazis. El caso de Anna, la joven mujer bosnia que más adelante presentaremos, es claramente un caso de traumatismo agudo y extremo, aunque sujeto a atenuantes que luego destacaremos.

Los traumatismos agudos que prácticamente arrollan el aparato psíquico de quienes han sido víctimas de ellos, tienen como consecuencia a largo plazo el llamado “síndrome de perturbación post-traumática” o “desorden de estrés postraumático”. Las víctimas de tales traumas son sometidas a cargas de sufrimiento corporal y a afectos devastadores insostenibles; por ello, en momentos extremos, algunos sujetos se desmayan, otros entran en el ya aludido estado de aislamiento masivo de los sentimientos que da lugar a confusión y negación de lo que está ocurriendo. Una vez dejada atrás la situación traumática habrá una tendencia a alejar de la memoria lo vivido, y diferentes sujetos estarán marcados en grados diversos por lo inaprehensible, inefable y también por la desconfianza resultante de haber estado en manos de otros capaces de crueldad ilimitada, que les dieron un trato donde la compasión humana y la empatía habían sido barridas.

Laub explica que una característica esencial de un trauma sufrido por sobrevivientes de genocidio y otras situaciones extremas consiste en que la víctima se siente fuera de la posibilidad de operar sobre el medio circundante en sentido dialógico, de tal forma que se evoque el sentido de la reciprocidad; la víctima tiene la impresión de que no hay más nadie en quien uno pueda confiar, textualmente dice:

La retirada de la libidinización, respectivamente del fracaso del lazo empático durante el tiempo del trauma es la característica más fuerte de traumatismos severos. El verdugo no percibe a la víctima que ruega por su vida y el vínculo empático está cortado o extinguido. La consecuencia de tal extinción es la incapacidad de sostener una relación empática consigo mismo. El fracaso de la relación empática da lugar a sensaciones de ausencia, fragmentación, desintegración, a la pérdida de la representación, a la incapacidad de aprehender y recordar el trauma, a la pérdida de la coherencia. A la experiencia de los sobrevivientes le falta estructura y representación, la capacidad de narrar la propia historia a otros y a sí mismos (2000:862).

Por su parte, Niederland ve en quienes siguen vivos tras un genocidio el surgimiento de un complejo de culpabilidad, un sentimiento de culpa por haber sobrevivido, como si su supervivencia hubiera sido posible a costa de los muertos (citado por Hirsch, 2004:58).

Hirsch añade un dato importante cuando explica que “como consecuencias del trauma agudo encontramos intrusiones; esto es, un revivir avasallador de la situación traumática, así como somatizaciones agudas difusas y estados de pánico” (2004:59).

La narración de lo vivido por sobrevivientes al trauma extremo

Volver sobre lo vivido para simbolizarlo es uno de los recursos con que eventualmente cuentan algunas de las víctimas de traumatismos agudos, y una de las metas centrales de los psicoterapeutas que trabajan con pacientes que sufrieron traumas extremos. Sin embargo, dado que narrar el trauma es revivirlo, así sea de manera atenuada, ello causa un gran dolor y es en menor o mayor medida traumático, dependiendo de la subjetividad del narrador y del medio que lo rodea; esto es, de quienes, en caso que la narración sea oral, lo escuchan.

Hay testimonios de escritores sobrevivientes del holocausto que muestran la ambivalencia y las diferencias individuales respecto a la posibilidad y los efectos de la narración escrita del trauma vivido.

Retrotraer lo traumático a la búsqueda de elaborarlo supone un gran gasto de energía; en todo caso, la supuesta ganancia viene generalmente a posteriori, aunque también puede irse experimentando de manera más o menos cercana a la narrativa que se hace, por ejemplo, en un proceso psicoterapéutico. En todo caso, para considerar los posibles efectos de la narración de un trauma siempre hay que tomar en cuenta las diferencias personales, las singularidades de los sujetos que lo experimentaron, la calidad de la relación que se logra entre quien narra y quienes son receptores de la narración, así como la gravedad del evento traumático. Jorge Semprún, quien pasó dos años en el campo de concentración de Buchenwald habla así del diferente potencial y significado que puede tener el escribir respecto al trauma experimentado:

Mientras que el escribir arrancaba a Primo Levi del pasado y suavizaba su memoria [...] a mí me arrojaba de nuevo a la muerte, me hundía en ella. Me ahogaba en el aire mortífero de mis proyectos, cada línea escrita sumergía mi cabeza en el agua, como si me encontrara de nuevo en la bañera de la villa de la Gestapo en Auxerre. Yo me defendía para sobrevivir. Fracase en mi intento de describir la muerte para hacerla callar: Si hubiera proseguido, entonces tal vez la muerte me hubiese hecho callar a mí (Semprún y Wiesel, 1997:295).

La correspondencia entre esos dos sobrevivientes de los campos de concentración nazis: Wiesel, el rumano, y Semprún, el español, quedó plasmada en el libro *Callar es imposible*, en el que dan cuenta del insoluble dilema entre “escribir” y “vivir”, esto es, entre recordar y reprimir. Wiesel asegura que escribió su primer libro, *Los sobrevivientes*, para decirles a ellos que hay que escribir sobre lo ocurrido para dejar huellas, pero luego deja su ambivalencia cuando expresa: “En última instancia uno está ante preguntas. Yo siempre tengo preguntas y ninguna respuesta” (Semprun y Wiesel, 1997:187). Por su parte, Semprún, quien explica su resistencia a escribir como recurso de supervivencia, concluye:

Como quiera que haya sido, el 11 de abril de 1997 la muerte recogió a Primo Levi. Él encontró a la muerte en una caída de la escalera. Primo

Levi había escrito tanto, y sin embargo es como si el trauma lo hubiera tomado para sí. Por otra parte ni siquiera es seguro que haya sido un suicidio, pero la idea de que el trauma impensable no pudo ser superado parece concluyente (Semprún y Wiesel, 1997:296).

Hirsch, por su parte, reflexiona y se pregunta así sobre los efectos de la narración escrita: “La expresión creativa y sobre todo el escribir han de servir para el dominio, la expulsión del introyecto [el mal objeto, el agresor cruel]. ¿Pero es pensable el deshacerse de él cuando el trauma fue absolutamente avasallador?” (2004:103).

Psicoterapia y elaboración

La psicoterapia con personas víctimas de traumatismos agudos extremos representa una atenuada vuelta a la situación traumática, cuando a partir de una relación de confianza progresiva se conquista la posibilidad de narrar lo ocurrido. El camino a lo traumático se recorre con el acompañamiento de sujetos hospitalarios y empáticos: los integrantes del equipo psicoterapéutico, que harán una escucha atenta de las vivencias que el sujeto va logrando expresar, y responderán con sensibilidad, para que tenga la posibilidad de simbolizar esa experiencia psicológicamente arrolladora a la que fue sometido por otros en circunstancias de guerra o de crueldad. Hirsch señala que:

el principio de la terapia con pacientes que han experimentado traumas agudos estriba en fomentar el restablecimiento de la capacidad de simbolizar, y en relación con ello el desarrollo de estructuras del Yo que permitan al sujeto percibirse como separado, capaz de llevar a cabo una “*Aus-einander-setzung*” con su/s psicoterapeuta/s (2004:122).

Hay una serie de presupuestos para la realización de los encuentros. El primero de ellos será contar con un espacio resguardado donde el sujeto pueda hablar de lo que le ocurrió teniendo la seguridad de ser escuchado sólo por los integrantes del equipo psicoterapéutico, de los que sabrá, desde el principio, quiénes son en tanto profesionistas, qué

función cumplen en el equipo psicoterapéutico y que están obligados al secreto profesional.

La psicoterapia con personas que llegan a una cultura distinta, extranjera, huyendo de situaciones de guerra, persecución, genocidio, etcétera, requiere por lo general de al menos dos integrantes en el equipo psicoterapéutico: el psicoterapeuta en sí y el traductor entrenado para operar como auxiliar en la terapia. También es posible la intervención de un psicoterapeuta sin acompañamiento grupal, pero ello implica que éste ha de dominar la lengua y conocer la cultura de la víctima de violencia. Por lo demás, el grupo también es un auxiliar importante para la elaboración de las cargas emocionales que se reciben en la psicoterapia de sujetos gravemente traumatizados.

Otro aspecto importante que cabe considerar es que la experiencia acumulada ha mostrado que, para la elaboración de traumas agudos extremos, si bien es necesaria una liga del sujeto con psicoterapeutas interesados en él y sensibles a su problema, el trabajo que se va a realizar no implica una revisión exhaustiva ni de la historia del sujeto ni de lo que ocurre en la interacción entre él y el terapeuta. La psicoterapia adquiere un carácter focal, en tanto que gira en torno de lo que aconteció al sujeto en la experiencia traumática y la elaboración se da con técnicas implementadas para simbolizarla.

En el proceso psicoterapéutico se abre la posibilidad para el sujeto traumatizado de sentirse acogido y experimentar confianza en los otros, de tal forma que puede irse atreviendo a compartir con ellos sus vivencias devastadoras. A partir de revivir paso a paso lo traumático, el sujeto irá recuperando fragmentos de lo olvidado y aumentará el potencial de reconocerse a sí mismo en su cuerpo y en afectos que le resultaban insoportables. Tales afectos vuelven en forma atenuada y con la garantía de la contención que ofrecen los terapeutas. Recordar pone al sujeto en contacto íntimo consigo mismo, le posibilita asimilar lo ocurrido y eventualmente transformarse haciendo espacio para nuevos objetos afectivos. Por otra parte, nombrar lo vivido en lugar de reescenificarlo en síntomas y actuaciones da cuenta del avance de la simbolización.

En *Representación delirante y creatividad artística*, Segal entiende la simbolización siempre como consecuencia de una pérdida, “como

acto creativo que incluye trabajo de duelo” (1992:247). El afecto que se libera durante el trabajo de duelo es pues un dolor que también puede impulsar al trabajo creativo, que lo es, y complejo, el que lleva a cabo la persona que se reasume a sí misma y se transforma tras una experiencia de dimensiones devastadoras. Durante el avance del trabajo de duelo en el contexto psicoterapéutico, el sujeto que experimentó esa violencia desorganizadora puede ir avanzando en la diferenciación entre lo vivo y lo muerto, él mismo y los otros, éstos encarnados por sujetos que lo acompañan con sensibilidad y empatía en su dolor.

Ingrid Koop, la psicoterapeuta a la que acompañé como observadora participante en un fragmento de la psicoterapia de Anna, que se presentará más abajo, define su proceder psicoterapéutico como integral:

una forma de tratamiento de situaciones traumáticas que comprende acciones que actúan sobre cuerpo, alma y espíritu. La situación traumática experimentada por el sujeto [explica] se aborda de una manera multimodal que pretende lograr el flujo del conflicto para poner en armonía los diversos niveles del funcionamiento del sujeto (2002:35).

Koop explica que en su forma de entender la psicoterapia se acompaña y estimula al sujeto a que vaya narrando su experiencia traumática hasta llegar al límite, que consiste en sacar lo terrible de lo vivenciado, que tendía a encapsularse. Al experimentar, en un nuevo contexto y en el ámbito de un acompañamiento amoroso, atento, el horror de lo vivenciado, se hace posible recuperar afectos que estaban bloqueados y la emocionalidad experimenta una liberación que le permite ponerse al servicio de la vida presente. Es un proceso en el que se va dando un ascenso de la tensión hasta lograr entender, revivenciar, dolerse, compartir, elaborar. En el proceso de elaboración y de “reparación” de la pérdida a través del conocimiento, se propicia el apropiarse de aquellos elementos en que el sujeto se vivió como el guardián de su historia familiar y cultura.

El último genocidio del siglo xx

En julio de 1995, durante la guerra de Bosnia, se produjo el asesinato masivo de 8 000 personas de la etnia bosnia en la región de Srebrenica. Los ejecutores fueron el ejército de la República Srpska y un grupo paramilitar serbio. Los hechos ocurrieron en una zona declarada “segura” por la ONU, dado que se encontraba bajo la protección de 400 cascos azules holandeses. El hecho fue calificado como genocidio por el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia. Constituyó el mayor asesinato masivo en Europa después de la segunda gran guerra (denominada “mundial”: 1939-1945). El encargado de presidir el juicio, Theodor Meron, hizo declaraciones que dan cuenta del genocidio, dejando asentado que la intención de la matanza era eliminar a una parte de la población bosnia musulmana y con tal fin fueron seleccionados 40 000 miembros de tal grupo poblacional considerados particularmente representativos de su etnia y de su religión. Los prisioneros, de sexo masculino y de edades muy diversas, fueron despojados de sus posesiones e identificaciones, y asesinados deliberadamente en razón de su identidad y de su grupo de pertenencia (Meron, 1998).

Anna: momentos de testimonio y su destilado en experiencia psicoterapéutica

Anna es una mujer muy bella y joven. Tiene la apariencia de una adolescente lastimada por la vida, que desea mantener su dignidad por sobre todas las cosas. A partir de su salida de Bosnia para pedir refugio en Alemania, empezó a experimentar inapetencia extrema y a sufrir de vómitos cuando lograba ingerir alimentos. Afectada por tales síntomas, acudió a Refugio, donde fue acogida primeramente por una médico para recibir psicoterapia, ofreciéndosele después participar simultáneamente en un proceso psicoterapéutico, lo que aceptó.

Cuando en la entrevista inicial la psicoterapeuta preguntó a Anna cómo está, ella responde “pues estoy”, dando a entender, “sobrevivo”.

Invitada a narrar su historia, Anna hizo una especie de síntesis de lo que ocurrió en Srebrenica:

Yo vivía en un pueblo, Srebrenica, y no tenía que preocuparme de cosa alguna, mi padre trabajaba en una fábrica y resolvía todo para nosotros. Desde que tenía 11 años, se acabó esa situación “idílica” en la que no tenía que preocuparme por nada. Empezó la guerra y las cosas fueron empeorando; a una de mis hermanas le tocó presenciar cómo mataban a su maestra, a los niños no nos pasó nada, pero mi padre consideró que la situación era ya demasiado peligrosa y dejamos de ir a clases. Al poco tiempo tuvimos que huir, dejamos nuestro pueblo. Los chicos “nos detuvimos con nuestra mamá” en una zona que fue declarada “segura” por la ONU. Por unos conocidos nos enteramos luego de que mi padre tuvo que salir huyendo por el bosque, lo hirieron y lo último que supieron fue que le dijo a su acompañante de viaje que siguiera avanzando, que él iría a su ritmo y si no podía más se mataría, a fin de no ser maltratado y asesinado por los serbios. No volvimos a oír nada de él. Mi madre y mis hermanos están actualmente (2003) a salvo en Bosnia.

Nací en 1980 y los ataques de la guerra llegaron directamente a mi pueblo en 1995, cuando yo tenía 15 años, pero ya mucho antes los hombres salían a frentes en otros puntos. Nos alegrábamos cada vez que regresaban ilesos.

Koop preguntó qué defendían; Anna dijo:

Nuestro derecho a nuestras formas de vida y prácticas como musulmanes. En la guerra hirieron a mi tío y no pudieron salvarlo por falta de recursos médicos, regresó ya muy mal y pidió a mi padre que buscara al médico. Éste dijo que de tener lo necesario para operarlo podría salvarlo, pero no era el caso y murió después de unos días.

Para mí siempre es mejor sacar “esas cosas” que dejarlas dentro. Quiero hablar de todo lo que vi con mis propios ojos y viví cuando tuve que dejar mi pueblo, durante el camino y los días que nos quedamos en Potocari.

El relato fue intenso, dramático, doloroso:

Cuando empezaron a llover granadas en mi pueblo tuvimos que pensar en dejarlo; fue muy triste, todos lloramos, pues pensamos que sería la última vez que lo veríamos. Salí con mi madre y todos mis hermanos (incluida una bebé de ocho meses) rumbo a la fábrica de Potocari, que no estaba muy lejos. Mi padre días después trató de huir por el bosque, pero cuando salimos mi madre y los niños todavía luchaba en la resistencia. Al día siguiente de que nos fuimos regresé a mi casa por víveres, acompañada por una tía y otra chica del pueblo. Los niños tenían hambre. Mi padre había matado algunos animales y tenía la carne lista para que la lleváramos y algunos otros alimentos. También dejó carne para él y los tíos que resistían. Mi padre me dijo que esperara, sólo me dijo así, pero era para ir a traerme el dinero que tenía y que quería que llevara a mi madre, yo lo sabía. Pero mientras esperábamos a que regresara los serbios empezaron a incendiar las casas, entonces nos fuimos rápidamente, sólo con la bolsa de alimentos.

Ingrid inquirió si tuvieron que salir entre bombas y granadas, a lo que Anna respondió:

No, no tuvimos que salir entre bombas, todavía teníamos nuestros caminos. Nos ofreció llevarnos a Potocari un chofer de Bosnia; nos subimos y nos dimos cuenta que llevaba oculto, como podía, a un muchacho joven. La situación más peligrosa era para los hombres. Se acercaron serbios con la intención de revisar el camión, pero llegó una de sus autoridades y les dijo que el chofer estaba transportando mujeres, que liberara el paso. Nos salvamos por segundos. Nos tocaba ver muertos por todos lados. Mi tía, la chica de mi pueblo y yo, nos encontramos con mi madre y los niños. Todo era movimiento de gente que huía. Los edificios de la fábrica se llenaban de gente que buscaba dónde pasar la noche, casi todos eran mujeres, niños y ancianos. A los hombres se los llevaban y los mataban.

Ya en Potocari, al atardecer, como no encontramos lugar para dormir en las fábricas, que estaban atestadas, mi madre nos dijo que nos acomodáramos en un prado que colindaba con uno de los edificios, que era en el que había trabajado mi padre.

Mucho de lo que digo estaba olvidado, pero ahora vuelven los recuerdos, y cuando no lo hablo entonces sueño, tengo pesadillas. Yo sólo

narro lo que vi con mis ojos. Me sirve compartir esas experiencias sobre todo porque siento que me escuchan con mucha atención.

El primer día en Potocari no fue tan malo, pero el segundo fue terrible; los niños tenían sed y no había agua para darles, una vecina que nos encontramos nos dijo, a mi prima y a mí, que podíamos conseguirla en una casa a la que era posible acceder. Nos indicó cuál era; fuimos allá y mientras tomábamos agua vimos que por debajo de una puerta corría sangre, llenamos apenas a medias el recipiente que llevábamos y las dos quisimos irnos de ahí lo más rápido posible, pero saliendo de la casa nos topamos con unos hombres serbios que nos retuvieron, pusieron bombones en la punta de unos cuchillos y nos dijeron que no nos iban a dejar ir hasta que los comiéramos, pero sin tocarlos con la mano; tuvimos que comerlos directamente del cuchillo, estábamos terminando cuando apareció un hombre corpulento que era uno de los principales organizadores de la “limpieza étnica”, lo reconocí porque lo había visto varias veces en la televisión. Ese hombre dijo a los dos que nos retenían que nos dejaran ir preguntándoles si no se daban cuenta de que éramos unas niñas... Sí, ÉRAMOS UNAS NIÑAS, ¿qué querían con nosotras?

INGRID: Ustedes se sentían como niñas, interiormente lo eran, pero esos hombres veían en ustedes a las jóvenes mujeres.

Tras ese comentario, Ingrid retomó la escena de la sangre que brota por debajo de la puerta y confrontó a Anna con sus fantasías, le pregunta qué se imaginó que pasaba.

Anna se quedó en silencio un momento y luego comentó: “Pensé que dentro había muertos, tal vez hombres de mi pueblo o tal vez los dueños de la casa que habían sido atrapados tratando de huir y luego asesinados”.

Anna logró confrontarse con sus fantasías; volverlas conscientes, verbalizarlas. Continuó su narración:

Mi prima y yo regresamos con nuestra familia, pero hubo luego peores momentos: llegaron otros serbios a donde estábamos y tomaron a otra prima mía, un poco mayor que nosotras; ahí, delante de todas, la violaron y luego se la llevaron. Mi tía lloraba y gritaba desesperada y en cuanto salieron los hombres escondió a su otra hija como pudo, entre las cosas que llevábamos. Yo sentí miedo, muchísimo miedo; pasado un

rato volvieron los hombres y me dijeron: “ahora te toca a ti”, entonces mi madre se enfrentó a los hombres y les dijo que no dejaría que me llevaran pasara lo que pasara, que si querían la mataran, y se sentó encima de mí, entonces ellos se la llevaron a ella a donde se habían llevado a mi prima, que ya no había regresado y que nunca más volvimos a ver; yo creo que a ella la mataron, pues si no ya hubiéramos tenido noticias de ella en el tiempo que pasó. Fue terrible cuando se llevaron a mi mamá, yo me quedé como ausente, paralizada de terror, tenía a mi hermana bebé en mis brazos, pero no sabía ni qué hacer con ella, la niña lloraba y lloraba. Por fin, después de un rato trajeron de regreso a mi madre, pero ella era una mujer distinta de la que se habían llevado, estaba lívida, lastimada, sangrante.

Las dos sobrevivimos, mi madre y yo, pero ahora ella padece muchos dolores como consecuencia de los golpes que recibió.

Más tarde tuve que ir de nuevo a tratar de conseguir agua, pero no encontraba por ningún lado y tuve que tomarla del río; los niños pedían algo de beber, tenían mucha sed y hambre. Unos serbios le habían ofrecido pan a mi madre, pero ella no quiso tomarlo, les dijo que primero veía a sus hijos morir de hambre que tomar de ellos pan. Entonces había que conseguir por lo menos agua y mientras caminaba buscándola vi muerto a un hombre que era nuestro vecino y pensé: “a este hombre yo lo conocí”, pero luego ya no estaba segura de si lo había visto realmente o sólo lo había imaginado, pero escuché que muchas mujeres de las que estaban cerca de nosotras también dijeron haberlo visto.

Ingrid le hizo notar a Anna cómo entre tanta experiencia terrible que había vivido, una tras otra, en ocasiones era ya difícil distinguir lo que percibía y lo que imaginaba.

Anna siguió:

Sí, era terrible, yo me sentía confusa, sufrí enormemente junto con mi familia ese segundo día en Potocari. También ese día llegó a donde estábamos un serbio que había sido amigo de mi padre, pero en cuanto nos dimos cuenta que andaba entre la gente nos escondimos. Él iba preguntando a su paso si habían visto a nuestra familia, decía que quería salvarnos, pero nos escondimos porque muchos serbios buscaban a la gente pretendiendo que iban a ayudarla y luego la mataban. Todos sabían

que estábamos ahí escondidos, pero dijeron que no nos habían visto. Cuando ya se había ido el serbio, las mujeres empezaron a quemar las fotos de sus hombres, yo no entendía por qué y pregunté: me explicaron que porque cuando los serbios encontraban las fotos se las llevaban para buscarlos y matarlos; también mi madre quemó las fotos de mi padre, pero yo tomé a escondidas una en la que estoy yo con él y la guardé en mi zapato sin decirle a nadie, así quedó una foto que mi madre guarda ahora como tesoro en Bosnia.

INGRID: Pudiste salvar la memoria de tu padre junto con su imagen en una fotografía.

Anna habla, sigue hablando, tiene una necesidad inmensa de narrar, de compartir su profundo dolor. Ingrid le pregunta si nunca ha intentado poner por escrito sus experiencias.

ANNA: No lo necesito, porque todo eso lo tengo guardado en mi memoria.

INGRID: Sí, de eso bien nos damos cuenta, pero a veces escribir es otra forma de ayudarse a ir llevando con un poco de menos peso esas experiencias difíciles y además tú eres testigo de lo ocurrido en Potocari y puedes así dar testimonio de lo que ahí ocurrió.

En otra sesión, Ingrid aludió a una fiesta luctuosa que hubo en la que se enterraron los restos de 1 000 víctimas de Potocari en días pasados.

ANNA: Sí lo supe y llamé por teléfono a mi madre y ella me dijo que estuvo en la fiesta fúnebre.

Ingrid fue a traer un periódico en el que había salido la noticia acompañada de fotos y se lo mostró a Anna.

INGRID: ¿Quieres quedarte con el artículo?

Anna aceptó gustosa, tomó el recorte que le extendió Ingrid y lo mantuvo empuñado en su mano derecha durante toda la sesión.

Ingrid dijo a Anna que la sesión anterior nos narró otro fragmento de su huida y la invita a continuar su narración, lo que ella aceptó.

ANNA: La siguiente noche en Potocari fue tremenda, cada cinco o diez minutos había alguien sollozando, quejándose con un lamento desgarrador de que alguien le había sido arrebatado, podían hacerlo sólo un momento, pues temían que la furia de los serbios cayera

sobre ellos si identificaban al que se quejaba. A la mañana siguiente decidimos marcharnos de ahí pasara lo que pasara y nos dijimos que no nos separarían, que sufriríamos el mismo destino cualquiera que fuera y así lo hicimos. No sólo yo quería irme de ahí, toda mi familia quería, pensábamos que no podíamos soportar más aquello. En la noche habíamos tapado a nuestros niños con la única cobija que llevábamos. Buscamos entre los camiones de carga que se prestaban para transportar gente y casi todos estaban llenos, pero para nuestra fortuna uno estaba vacío y el chofer aceptó llevarnos. Recogimos a un hombre anciano que estaba tirado y lo subimos con nosotros al camión. Nos pusimos en marcha, pero un poco más adelante soldados serbios detuvieron el camión y le dijeron a su dueño que querían registrarlo, nosotros íbamos ocultos en la parte posterior, el chofer dijo que no estaba dispuesto a permitir que registraran su camión, a lo que el hombre serbio respondió que no le estaba pidiendo permiso. Fue un momento terrible, muy tenso, pero para nuestra fortuna llegó justo en ese momento una camioneta de la Cruz Roja y los soldados serbios permitieron que el chofer avanzara.

INGRID: Irse de Potocari esa noche fue la salvación para ustedes, pues después hubo ahí una masacre peor.

ANNA: También la llegada de la Cruz Roja fue nuestra salvación, pues si no quién sabe qué habría sucedido. Nosotros llevábamos además varios niños, mi hermana menor era una bebé de ocho meses y mis dos hermanos varones eran niños todavía.

Anna pareció bastante más vivaz que al principio, pareció que en ella había surgido esperanza y se ha sentido respetada y comprendida.

Ingrid preguntó a Anna por el momento en que cambió su sensación entre el estar más o menos segura en el lugar que eligieron como primer albergue al dejar su casa y aquel en que temía que pasara lo peor, en que sentía estar esperando el turno en que les tocaba a ella y a su familia ser ejecutadas.

Anna fue pasando de decir que todo fue terrible la segunda noche en Potocari y de insistir en que lo que ella vivió no se podía poner en palabras y sólo podía comprenderlo quien lo vivió o tuvo una experiencia parecida, a precisar:

La terrible inseguridad empezó cuando escuché el lamento de una persona, un ¡aaayyy! desgarrador, entonces pensé que se habían llevado a alguien y podían separarnos a nosotros también; luego, los lamentos se fueron repitiendo, entraban hombres de la guardia serbia a la multitud humana formada por la gente de Bosnia que en realidad estaba conglomerada en una calle.

Ingrid le insistió a Anna que recordara con mayor precisión esos momentos, lo que miró, lo que escuchó, lo que olió. Luego le preguntó cómo estaba ella cuando la angustia se hizo más aguda, en qué posición. Anna dijo: “Yo traía todo el tiempo en brazos a mi hermanita bebé de ocho meses y cuando la niña se quejaba o lloriqueaba la apretaba fuertemente contra mí; sólo teníamos una cobija y todos estábamos sentados sobre ella”. Ingrid preguntó a Anna si es posible que se ponga en la posición en la que estaba, ella vence una ligera resistencia y lo hace, dice: “Yo estaba temblando con todo mi cuerpo y sentía una angustia terrible, luego ya no sentía las piernas, era como si no me pertenecieran”, en este punto Anna se cubrió la cara y pudo llorar.

Después de acompañar un momento a Anna, en silencio, mientras lloraba, Ingrid le habló suavemente y le dijo que la devolvería al momento actual, que imaginara ir en una máquina del tiempo; luego le dijo: “Míranos, y ve lo que te rodea, se vale disfrutar la vida aquí y ahora, te sientes profundamente aligerada tras haber compartido con nosotros tu experiencia”.

Reflexiones sobre el trabajo psicoterapéutico con Anna

Como se mencionó, a su llegada a Refugio, Anna tenía inapetencia extrema y vomitaba cuando lograba ingerir alimentos, el síntoma se hacía patente en su delgadez, sin que ésta llegara a ser tan extrema como en casos de anorexia, dado que Anna luchaba activamente por alimentarse.

Dos sucesos de los días en que se gestó el trauma estuvieron en relación directa con la cuestión alimentaria: el momento en que los serbios obligaron a Anna y a su prima a comer, sin usar las manos,

bombones que ellos colocaron en la punta de un cuchillo. El otro hecho impresionante fue cuando su madre respondió a los serbios que le ofrecían pan, que antes vería morir a sus hijos de hambre que aceptar de ellos comida.

En la psicoterapia la somatización no llegó a ser abordada por sí misma. Apenas se rozó el tema en una ocasión en que antes de cerrar la puerta para iniciar la sesión pasaron ofreciendo té a quien deseara, lo que es usual en la institución, Anna rechazó la oferta y como la persona que ofrecía la bebida le insistiera en que tomara una, Ingrid respondió amablemente que así estaba bien, que Anna tomaría un té algún día, en Refugio, si ella así lo decidía. La intervención de Ingrid destacaba el respeto por el deseo de Anna y se contraponía al juego sádico de los serbios que obligaron a Anna y a su prima a comer porque ellos lo exigían, y además de la punta de un cuchillo, con la connotación simbólica que adquiriría en ese contexto de tenerlas al filo de la muerte por la boca, de poder acuchillarlas si ellos, sus tiranos, así lo decidían. Ingrid, otra extranjera en relación con Anna, representante de la cultura que la acogía, hace patente con su respuesta el que la dueña del hambre y de la decisión de comer o no hacerlo es la joven mujer con la que buscamos empatizar y a la que deseamos hacer sentir comprendida.

En el primer encuentro con Anna llamó mi atención su mirada profundamente triste y una suerte de resignación que se reflejaba en sus movimientos lentos y su escasa elocuencia al hablar. Así, cuando Ingrid la recibe por vez primera y le pregunta cómo está, la respuesta de Anna es a la vez lacónica y muy expresiva de su situación: “Pues estoy”. A lo largo de las sesiones y en la medida en que se fue estableciendo una relación de confianza de Anna con los integrantes del equipo psicoterapéutico, ella se animó a expresarse, al grado de que había momentos en que daba la impresión de que su habla brotaba por sí misma. Anna se reapropiaba de su dolor contenido y de la experiencia disociada, y la compartía con quienes sentía que la escuchaban con verdadero interés. La experiencia de contar con un nicho en que ella, con todo lo que era en ese momento, era atendida, escuchada, valorada, hacía sentir a Anna que hay humanos que se interesan por otros humanos, que hay personas en las que se puede confiar.

Respecto a la confianza es importante mencionar que en el caso de Anna hubo muchos factores que favorecieron el que ella la recuperara con facilidad:

Por un lado, Anna pasó sus primeros años, como ella nos lo hizo saber, en un ambiente familiar cálido y afectuoso donde “no tenía que preocuparme de cosa alguna”, fue pues una niña amada y protegida en los primeros años de su vida, tan fundamentales en el proceso de subjetivación y determinantes para la conquista de una confianza básica.

Desde otro ángulo es muy importante considerar que Anna, por un azar afortunado no sólo pudo salir con vida de Potocari, sino que dejó, junto con los familiares que la acompañaban, ese lugar antes de que se diera la masacre en la que fueron ejecutados más de 8 000 bosnios. Su padre, que puede suponerse murió, no estaba con ella en Potocari y, además, la última noticia que tuvieron de él es que, si no podía seguir adelante se quitaría él mismo la vida para evitar ser torturado y asesinado por los serbios. Así, Anna experimentó sin duda un traumatismo, pero con limitantes muy afortunadas para la posibilidad de revivirlo, memorizarlo, compartirlo con psicoterapeutas profesionales, elaborarlo.

Otro factor clave como atenuante del traumatismo de Anna fue la defensa que la madre hizo de ella ante los serbios, poniendo en juego su propia vida y, luego, para fortuna de la joven, la madre no fue asesinada, de tal forma que si bien Anna experimenta cierto sentimiento de culpa por los dolores que sufre su madre como consecuencia del daño que le infringieron, tiene otros sentimientos que atenúan dicha culpa; por ejemplo, el haber preservado para ella misma, para su madre y para los demás miembros de la familia, la imagen del padre en la única fotografía que de él pudo preservar.

En cuanto al respeto y la valoración de la identidad étnica de Anna, que era el motivo del horror de la pretensión aniquiladora de los serbios, hubo a lo largo de la psicoterapia múltiples ocasiones en las que los integrantes del equipo terapéutico, dos personas extranjeras en relación con ella, una de la cultura receptora, y otra de un mundo desconocido para Anna (México) y un bosnio, le expresamos todos tácita o explícitamente, según el papel que nos correspondía jugar, la

aceptación de su diferencia cultural, contribuyendo así a resarcir su autoestima y la valoración de lo que culturalmente le es tan conocido y apreciado: el mundo de los bosnios musulmanes. Baste como ejemplo el momento centralmente significativo a este respecto en el que Ingrid trae, para entregarle a Anna, el periódico en el que se hizo el reporte, con fotografías anexas, de la fiesta luctuosa que tuvo lugar en su tierra para conmemorar la tragedia de Potocari y honrar la memoria de los desaparecidos.

La simbolización y la recuperación de la memoria que hacían posible el levantamiento de la represión fueron dándose paulatinamente. Las expresiones de Anna en distintos momentos del proceso dan cuenta de ello: “Mucho de lo que digo estaba olvidado, pero ahora vuelven los recuerdos y, cuando no lo hablo entonces sueño, tengo pesadillas [...] Me sirve compartir esas experiencias, sobre todo porque siento que me escuchan con mucha atención”.

La narración incluida más arriba permite rastrear intervenciones de Ingrid tendientes a llevar a Anna a una mayor precisión de sus recuerdos y a la posibilidad de ponerlos en palabras, por una parte, y a la vez ligarlos a sensaciones corporales experimentadas en la situación traumática, con la intención de operar contra la disociación de afectos, en el *self* y a favor de la integración de la imagen corporal. En la psicoterapia fue posible observar repetidamente el esfuerzo que hacía Anna para vencer las resistencias a narrar, y luego el aligeramiento que experimentaba cuando lograba verbalizar lo ocurrido y constataba el acogimiento que recibía como respuesta. Un ejemplo es cuando Anna argumentó que no es posible poner en palabras cuál fue el momento en que se acentuó gravemente su inseguridad, para pasar luego a la verbalización: “La terrible inseguridad empezó cuando escuché el lamento de una persona, un ¡aaayyy! desgarrador...” El culmen de esta escena es cuando Anna asumió la posición corporal en la que se encontraba cuando experimentó esa sensación, que fue seguida de un llanto que nos permitió acompañarla en su dolor.

Otro tipo de intervenciones, cuyo ejemplo se describe al final del apartado anterior, fue cuando Ingrid invitaba a Anna a volver al presente, ayudándola a descargarse de sentimientos de culpa y animándola a abrirse a la vida en su nueva realidad.

A manera de conclusión

En el trabajo psicoterapéutico con sobrevivientes, como se ilustra con el ejemplo de Anna, hay un intercambio de afectos y palabras marcados por el pasado traumático, pero hay también personas reales con las que el sujeto en terapia va estableciendo nuevas relaciones que le sirven de sostén y son una alternativa de vínculo social que ayuda a que el sobreviviente se vaya desprendiendo de su pasado, elaborando su dolor y ligándose al medio social que lo ha acogido: La separación del pasado es en el sentido de un *Aufheben*, palabra alemana que alude al hecho de que el pasado no desaparece, pero sí es retomado en una forma diferente que antaño. Se tiende a la aceptación del hecho de que la historia del sujeto no puede ser cambiada, pero sí asumida de una manera nueva que permita fundar sobre ella creatividad, innovación.

En el siglo XXI hay millones de sujetos sin un lugar social; muchos de ellos son acogidos por países receptores de migrantes, mientras que otros son recibidos en campamentos en los que viven en forma por demás precaria, sobreviven apenas, sin un futuro posible ni un proyecto. Si bien esto representa un reto para la humanidad y un cuestionamiento para el sistema neoliberal reinante, ello no quita que, a la par que se buscan soluciones macrosociales, sería deseable que se crearan suficientes nichos de acogida, espacios de psicoterapia para sujetos que han sufrido maltrato, indiferencia, crueldad de sus congéneres y sobrellevan numerosos síntomas y un intenso dolor que les torna imposible liarse a la vida con algún montante de esperanza y felicidad. Y, finalmente, sería también deseable propagar los testimonios de esas víctimas de violencia extrema, para convertirlos en un recuerdo dramático, necesario en tanto nos remita a la necesidad de trabajar en la búsqueda de salidas creativas para nuestra humanidad.

Bibliografía

Anna (2003), *Testimonio oral comunicado en un proceso de psicoterapia*, Refugio, Bremen.

- Balint, M. (2001), *Amor primario y técnica psicoanalítica*, Payot, Madrid.
- Bion, Wilfred R. (1992), *Lernen durch Erfahrung [Aprender a través de la experiencia]*, Suhrkamp, Frankfurt.
- ____ (1962), *Learning from Experience. The Master work Series*, Oxford.
- Bleichmar, N. M. y C. Leiberman (2000), *El psicoanálisis después de Freud*, Paidós, México.
- Elliot, Anthony (1998), *Sujetos a nuestro propio y múltiple ser*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Erdheim, Mario (1993), “Lo propio y lo extranjero. Sobre identidad étnica”, en Mechthild Jansen y Ulrike Prokop (eds.), “Angustia y animadversión ante lo extranjero”, Stroemfeld / Nexus, Frankfurt, pp. 163-182.
- ____ (1991), *Psychoanalyse und Unbewusstheit in der Kultur [Psicoanálisis e inconsciencia en la cultura]*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt.
- Ferenczi, Sándor (2010), *Teoría y técnica del psicoanálisis*, Horme / Paidós, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1982), *Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene*, [Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos], Studienausgabe VI, Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt, 1893.
- Freud, Sigmund (1930), *El malestar en la cultura*, Biblioteca Nueva, Madrid, tomo III, pp. 3017-3067.
- Guntrip, H. (1973), *El self en la teoría y terapia psicoanalítica*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Habermas, Jürgen (1980), “La modernidad, un proyecto incompleto”, en J. Habermas y otros (2006), *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona, pp. 19-36.
- Hirsch, Mathias (2004), *Psychoanalytische Traumatologie [Traumatología psicoanalítica]*, Schattauer, Stuttgart.
- Koop, Ingrid (2002), *Intervención incluyente de lo corporal y orientada al proceso en la psicoterapia. En cuerpo y alma*, Refugio, Bremen.
- Laub, Dori (2000), “Eros oder Thanatos? Der Kampf um die Erzählbarkeit des Traumas” [“¿Eros o Tánatos? La lucha por hacer narrable el trauma”], en Werner Bohleber (ed.) *Psyche: Trauma, Gewalt und kollektives Gedächtnis [Trauma, brutalidad y memoria colectiva]*, Sonderheft 9/10, Klett-Cotta, Stuttgart, pp. 860-894.
- Lempa, Günter (2001), *Der Lärm der Ungewollten [El ruido de los no deseados]*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen.

- Lipsitz, George (1993), "Hier sieht man ihre Trümmer rauchen. Hat Los Angeles eine multikulturelle Zukunft?" ["Aquí ve uno echar humo a sus ruinas. ¿Tiene Los Ángeles un futuro multicultural?"], en Friedrich Balke *et al.*, *Schwierige Fremdheit. Über Integration und Ausgrenzung in Einwanderungsländern [Difícil Extrañeza. acerca de la integración y la exclusión en tierras de inmigración]*, Fischer Verlag, Frankfurt.
- Meron, Theodor (1998), *War Crimes Law Comes of Age: Essays*, Oxford University Press, Oxford.
- Ruiz, Emma (2010), "Cuerpo organismo / Cuerpo pulso de la vida", *Ser Cuerpo, non nominus. Revista Semestral de Psicoanálisis*, Castro Ediciones, México, pp. 32-40.
- Saller, Vera (1999), "Die Bedeutung des Kulturbegriffs für psychoanalytische Therapien" ["El significado del concepto de cultura para las terapias psicoanalíticas"], en Fernanda Pedrina, *Kultur, Migration, Psychoanalyse*, Diskord, Tübingen, pp. 99-148.
- Sauret, Marie-Jean (2004), *La pregunta acerca del sujeto en la investigación social*, curso dictado en la Universidad de Costa Rica.
- Segal, H. (1992), *Wahnvorstellung und künstlerische Kreativität [Representación delirante y creatividad artística]*, Klett-Cotta, Stuttgart.
- Semprún, Jorge y Eliezer Wiesel (1997), *Schweigen ist unmöglich [Callar es imposible]*, Suhrkamp, Frankfurt.
- Varvin, Sverre (2000), "Die gegenwärtige Vergangenheit. Extreme Traumatisierung und Psychotherapie" ["El pasado presente. Traumatismo extremo y Psicoterapia"], *Psyche: Trauma, Gewalt und kollektives Gedächtnis [Trauma, brutalidad y memoria colectiva]*, Sonderheft 9/10, Klett-Cotta, Stuttgart, pp. 895-930.
- Winnicott, Donald (2002), *Exploraciones psicoanalíticas*, Paidós, Madrid.
- ____ (1971), *Realidad y juego*, Gedisa, Barcelona.
- ____ (1965), *The Maturational Processes and the Facilitating environment: Studies in the Theory of Emotional Development*, The Hogart Press, Londres.

Recibido el 28 de agosto de 2013
Aprobado el 28 de noviembre de 2013